

MARISCAL KEITEL

MEMORIAS DEL
JEFE DEL ALTO
MANDO DE LA
WEHRMACHT
1938-1945



Mariscal Keitel
Memorias del jefe del Alto Mando de la Wehrmacht
1938-1945

Edición a cargo de Walter Görlitz

Traducción

Javier Alonso

Primera edición: enero de 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com ; 91 702 19 70 /93 272 04 47).

Título original: *The memories of Field-Marshal Keitel*

© Musterschmidt-Verlag, 1961

© De la edición: Walter Görnitz, 1961

© De la traducción: Javier Alonso, 2020

© La Esfera de los Libros, S. L., 2020

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Imágenes: Getty Images, Wikimedia Commons

ISBN: 978-84-9164-732-4

Depósito legal: M. 34.236-2019

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Anzos

Encuadernación: De Diego

Impreso en España- *Printed in Spain*

ÍNDICE

PARTE I. O RÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO K EITEL

1. O RÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO K EITEL ,1882-1946. P OR W ALTER G ÖRLITZ

PARTE II. L AS MEMORIAS DEL MARISCAL

DE CAMPO KEITEL

2. L A CRISIS BLOMBERG-FRITSCH

3. D E AUSTRIA AL FINAL DE LA CAMPAÑA EN FRANCIA, 1938-1940

4. P RELUDIO AL ATAQUE SOBRE R USIA, 1940-1941

5. L A CAMPAÑA R USA, 1941-1943

6. E XTRACTOS DE LAS CARTAS DE K EITEL A SU ESPOSA DURANTE LA GUERRA

7. E L ATENTADO CON BOMBA, 20 DE JULIO DE 1944

8. L OS ÚLTIMOS DÍAS BAJO A DOLE H ITLER, 1945

9. R EFLEXIONES TARDÍAS

PARTE III. L A ACUSACIÓN

10. L A ACUSACIÓN . P OR W ALTER G ÖRLITZ

NOTAS

PARTE I. ORÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL

1. ORÍGENES Y CARRERA DEL MARISCAL DE CAMPO KEITEL, 1882-1946. POR WALTER GÖRLITZ

Las fotografías del mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas Alemanas, firmando el documento de rendición incondicional en Karlshorst, cerca de Berlín, lo muestran justo como el típico *junker* que los Aliados occidentales siempre habían imaginado que era —un hombre alto, de hombros anchos, rostro ligeramente demacrado, pero orgulloso e impertérrito, y un monóculo firmemente insertado en su ojo izquierdo—. En la hora en la que el régimen totalitario alemán se desmoronaba por fin, se le reconoció como un oficial de la vieja escuela, aunque no había nada en él del peculiar carácter indomable de los oficiales prusianos.

Incluso los expertos psicólogos americanos que lo analizaron e interrogaron durante su periodo de confinamiento se inclinaban a considerarlo como el prototipo de los *junkers*, de los militaristas prusianos; quizás nunca tuvieron una auténtica oportunidad de llevar a cabo un estudio de la clase prusiana de los *junkers*. Keitel, de hecho, procedía de un entorno completamente diferente.

Los Keitel, una familia hannoveriana de terratenientes de clase media, procedían de una región con una marcada tradición antiprusiana: el abuelo del mariscal de campo fue arrendatario de un territorio perteneciente a la Casa Real de Hannover y tuvo una estrecha relación con la misma antes de ser derrocada por Bismarck. Las tendencias y tradiciones militares resultaban completamente ajenas a aquella familia, y en callada protesta contra la anexión del reino de Hannover en 1866 por parte de los prusianos, su abuelo compró una finca de 600 acres en Helmscherode en 1871,

en el distrito de Gandersheim del ducado de Brunswick, mientras seguía odiando todo lo que fuese prusiano; y cuando su hijo, el padre del mariscal de campo, sirvió durante unos años como voluntario en un regimiento de húsares prusianos, siempre que regresaba a su hogar se le prohibía terminantemente cruzar el umbral de la casa de Helmscherode vistiéndolo el odiado uniforme.

Hay pocos parecidos entre una finca de Brunswick como Helmscherode y los grandes señoríos al este del Elba; simplemente, sus propietarios no se pueden considerar *junkers*. Carl Keitel, el padre del mariscal de campo, llevó una vida no menos pretenciosa que cualquier granjero de clase acomodada. Al contrario que su hijo, que era un cazador entusiasta y al que le encantaba montar a caballo, creía en la máxima de que un buen granjero nunca podría ser cazador: eran incompatibles. En el fondo de su corazón, el hijo solo quería poder dirigir por sí mismo la finca de Helmscherode; la sangre de granjero corría con fuerza por sus venas. Sabía muy poco de agricultura y, como descendiente de un arrendatario de tierras pertenecientes a la corona, había heredado el talento para organizar y administrar los asuntos de grandes instalaciones. Posteriormente, Keitel acariciaría en varias ocasiones la idea de abandonar su vida de soldado, pero siempre tuvo en cuenta lo que consideraba que era su deber, quizás instigado por los consejos de su ambiciosa y obstinada esposa.

La obcecación de su padre, que no tenía intención de renunciar al control sobre Helmscherode mientras le quedara un hálito de vida, y la creciente tendencia entre la burguesía agraria a emprender carreras militares, en particular después de la victoriosa Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871, produjeron el efecto contrario.

El heredero de Helmscherode, Wilhelm Bodewin Johann Gustav Keitel, nacido el 22 de septiembre de 1882, se convirtió en oficial; hay una historia familiar que cuenta que casi lloró cuando por fin decidió abandonar toda esperanza

de ser granjero algún día. Hubo otra razón para aquella decisión, característica de la creciente generación de agricultores de clase media: si uno no podía ser granjero, la de oficial era la única profesión apropiada para su estatus. Pero el cuadro de oficiales, al menos en las pequeñas provincias del norte y el centro de Alemania, era de origen puramente prusiano. ¡Qué humillación para una familia con semejante tradición antiprusiana!

Nada en su juventud ni en sus primeros años como oficial indicó que el joven Keitel estuviera destinado a elevarse hasta la más alta posición dentro de las Fuerzas Armadas alemanas, ni que fuera a sufrir una muerte tan cruel. En un principio, fue un mediocre estudiante, que apenas mejoró algo con el tiempo. Sus auténticos intereses eran la caza, montar a caballo y el cultivo de Helmscherode. Después de aprobar su examen de fin de escolaridad en Gotinga en marzo de 1910, ingresó en el 46.º Regimiento de Artillería de Campo de la Baja Sajonia, en su cuartel general, y en el 1.º destacamento con sede en Wolfenbüttel (Brunswick).

A diferencia de su vida estudiantil, el joven teniente Keitel era un soldado bueno y responsable. Como era de prever, dado que en su vida anterior había disfrutado de la comida, la caza, la bebida, la equitación y las buenas compañías, no fue en modo alguno un asceta. A pesar de ello, detestaba la frivolidad y odiaba los placeres extravagantes. Cuando él y su amigo Felix Bürkner, el famoso jinete, fueron destinados juntos a la Academia Militar de Equitación en 1906, se prometieron que no habría «travesuras ni aventuras con mujeres».

Se rumoreaba que durante ese periodo como comandante de una división en Bremen, entre 1934 y 1935, aunque por supuesto utilizaba un servicio de automóviles cuando tenía que trasladarse a algún acto oficial, su esposa —si era invitada— debía viajar en tranvía y no tenían coche propio. Esta estricta y extrema corrección era una de sus características. Durante la guerra, en la cumbre de la crisis de com-

bustible, Keitel sorprendió a los oficiales de alta graduación de la Wehrmacht asistiendo a funerales en un modesto Volkswagen, mientras los caballeros de las SS con las calaveras plateadas en sus gorras y el lema *Mi honor es la lealtad* acudían conduciendo enormes y brillantes limusinas.

En cualquier caso, el joven Keitel llamó pronto la atención de sus superiores a cuenta de su ilimitada competencia. Primero, se propuso su nombre para el mando del regimiento de honores de la Escuela de Tiro de Artillería de Campo, más tarde se habló de destinarlo como oficial de inspección a un cuartel de entrenamiento para oficiales reclutas. El que era entonces su oficial al mando le reveló que había una condición adjunta a este último destino, y era que el candidato debía ser soltero. Keitel tuvo una violenta discusión con su superior, y señaló que iba a comprometerse y estaba pensando en contraer matrimonio en breve.

En abril de 1909, el teniente Keitel se casó con Lisa Fontaine, la hija de un acomodado terrateniente y cervecero de Wülfel, cerca de Hannover, un hombre profundamente anti-prusiano que, al principio no ofreció una calurosa bienvenida familiar a su nuevo yerno «prusiano».

Lisa Fontaine tenía muchos intereses intelectuales y artísticos. En su juventud fue muy hermosa, aunque distante en el trato. Hasta donde se puede juzgar por las cartas que se han conservado de ella, probablemente fue la parte más fuerte y sin duda más ambiciosa de la pareja. Wilhelm Keitel era tan solo un oficial como otro cualquiera, cuya única ambición secreta era convertirse en granjero y dirigir Helmscherode. El matrimonio, que fue bendecido con tres hijos y tres hijas, una de las cuales falleció trágicamente a una edad temprana a causa de una enfermedad incurable, iba a resistir todas las pruebas y dificultades. Y cuando llegó la peor hora, y su esposo fue condenado a muerte por el Tribunal Militar Internacional de Núremberg, Lisa Keitel mantuvo la compostura. De los hijos de Keitel, todos los cuales

se convirtieron en oficiales, el mayor se casó con la hija del mariscal de campo Von Blomberg, el ministro de la Guerra del Reich en cuya caída Keitel se vio envuelto de forma desastrosa, aunque inocente; por otro lado, el hijo menor moriría posteriormente estando de servicio en Rusia.

Quizás porque respetaba a un hombre que sabía cómo hablar con franqueza, el coronel de Keitel le escogió para que fuese su adjunto en el regimiento. En el ejército prusiano-alemán, esta era una posición de gran confianza: sobre el adjunto del regimiento recaía el deber no solo de ocuparse de las cuestiones de personal, sino también de formular las medidas de movilización y otras muchas tareas accesorias.

Pero sus superiores debieron creer al teniente Keitel capaz de mucho más que aquello. Durante las maniobras de otoño del Décimo Cuerpo, del que su regimiento era una formación subordinada, el jefe de Estado Mayor del cuerpo, el coronel Freiherr von der Wenge, entabló con él una conversación de la que Keitel concluyó que había sido destinado a deberes dentro del Estado Mayor General; fue una creencia en la que no se vio defraudado. Y así, durante el invierno de 1913 a 1914, el hombre que durante toda su vida había odiado el trabajo de escritorio comenzó, tal como describe él mismo en sus primeras memorias, a estudiar el «caballete gris», nombre por el que era conocido en aquella época en el ejército alemán el manual para los oficiales de Estado Mayor.

En marzo de 1914, Keitel tomó parte en el curso del Cuerpo de Oficiales del Estado Mayor en activo o que lo serían en el futuro. A este habían sido destinados cuatro oficiales del Estado Mayor General del Ejército, incluidos los capitanes Von Stülpnagel y Von dem Bussche-Ippenburg, que tiempo después se convertirían en personalidades influyentes dentro del *Reichswehr* de la República de Weimar. Fue Von dem Bussche-Ippenburg, el jefe de la Oficina de Personal del Ejército, un puesto clave dentro de

aquel pequeño ejército republicano, quien, según las primeras memorias de Keitel, lo introdujo en el departamento de organización (T-2) de la llamada «Oficina de Tropa», la agencia camuflada creada para reemplazar al Estado Mayor General prohibido por el Tratado de Versalles.

Keitel fue a la guerra con el 46.º Regimiento de Artillería, y en septiembre de 1914 fue seriamente herido en el antebrazo derecho por un fragmento de metralla. Entre los papeles de la familia hay toda una serie de cartas escritas por él a su padre y a su suegro, y por su esposa a sus padres; estas cartas revelan las opiniones de Keitel sobre esta primera y terrible guerra europea. Naturalmente, se sentía obligado a creer ciegamente en una victoria alemana, pero, al mismo tiempo, en lo más profundo de su ser existía una abatida convicción de que, en realidad, todo lo que podían hacer en ese momento era resistir con denuedo. ¡Cuán similar fue su actitud durante la Segunda Guerra Mundial! Decidido a cumplir con sus obligaciones personales, gobernado por una obediencia ciega, pero sin esperanza en una victoria final. Sirvió a su jefe del Estado, y continuó sirviéndole incluso durante el Juicio de Núremberg, a pesar de su confesada incapacidad para llegar a entender a este último Señor Supremo de la Guerra de Alemania.

El punto de inflexión de su carrera como oficial, un acontecimiento que trajo poco consuelo a un hombre tan consciente de los límites de su propio talento, fue su nombramiento para el Estado Mayor General en 1914; el Estado Mayor General era —y así lo había sido desde Moltke— una élite entre los oficiales. Sus cartas de esta época muestran lo duro que le resultó el golpe, y lo bien que sabía que carecía de las cualidades mentales necesarias para este puesto; las cartas de su esposa muestran el enorme orgullo que sentía por el nombramiento de su marido.

De los últimos años de destino de Keitel como oficial del Estado Mayor General en los escalafones superiores del *Reichswehr* de la República de Weimar quedan suficientes

testimonios sobre su intenso nerviosismo; pero también nos hablan de su inmensa e insaciable ansia de trabajo. Las cartas de su esposa durante los años veinte se quejan amargamente acerca de su horroroso nerviosismo. E incluso posteriormente, durante la Segunda Guerra Mundial, un ayudante excesivamente cínico acuñó la frase hecha dedicada a Keitel: «Mirad a ese mariscal de campo escabulléndose, con su ayudante cerrando la marcha con pasos rítmicos...». Para entonces, el jefe de la cancillería militar de Hitler, ascendido a mariscal de campo contra su voluntad (porque tradicionalmente solo se adquiere ese rango por valor frente al enemigo) Keitel ya era un especialista en la administración militar y bélica, pero no, hay que subrayarlo, en el liderazgo de guerra.

No contamos con testimonios acerca de la actitud de Keitel hacia el káiser Guillermo II o la monarquía prusiana tras el final de la Gran Guerra, siendo capitán y oficial del Estado Mayor General de las Fuerzas Navales en Flandes. Es interesante observar cómo, de manera muy poco usual para un oficial del Estado Mayor General del Ejército, se le había dado la oportunidad de fomentar la colaboración del Ejército de Tierra con la única otra arma de las Fuerzas Armadas de aquel momento, la Armada (a pesar de que solo fuese con una fuerza naval terrestre).

Según su hijo mayor, Keitel tuvo durante mucho tiempo un retrato del príncipe heredero Guillermo sobre su escritorio, incluso en el Ministerio de Defensa del Reich. No se sabe por qué acabó retirando la fotografía de este mediocre heredero de los reyes prusianos y los káiseres alemanes.

En una carta dirigida a su suegro el 10 de diciembre de 1918, le comenta que quería dejar su empleo como oficial en un futuro próximo y «para siempre». No obstante, se quedó. Tras un breve periodo de servicio en la guardia fronteriza alemana en la frontera polaca y otro como oficial del Estado Mayor General en una de las brigadas del nuevo

Reichswehr, y después de otros dos años como profesor en la Escuela de Equitación de Hannover, Keitel fue destinado al Ministerio de Defensa del Reich y a la «Oficina de Tropa», el Estado Mayor General encubierto, siendo situado aparentemente en el departamento organizativo, T-2. Tal como le dijo a su padre en una carta fechada el 23 de enero de 1925, no había ingresado en el departamento T-2 propiamente dicho, sino en una «posición de control» en el Estado Mayor inmediato del entonces jefe de la Oficina de Tropa, el teniente general Wetzell. En este destino, Keitel se ocupó principalmente de cuestiones sobre cómo aumentar las modestas reservas —prohibidas oficialmente por el Tratado de Versalles— para el débil *Reichswehr*, y se ocupó de la organización de formaciones de guardias fronterizos paramilitares que vigilaran la frontera germano-polaca. Otros aspectos de su nuevo puesto fueron de gran importancia para el futuro. En la pequeña «Oficina de Tropa», con sus cuatro departamentos (T-1, operaciones; T-2, organización; T-3, ejércitos extranjeros; y T-4, entrenamiento), se familiarizó con muchos oficiales que en el futuro se cruzarían a menudo en su camino: Werner von Blomberg, quien posteriormente sería el superior de Keitel como ministro de Guerra del Reich, comenzó como jefe del departamento T-4 y entre 1927 y 1929 fue el jefe de la Oficina de Tropa, en otras palabras, jefe del Estado Mayor General *de facto*. El coronel Freiherr von Fritsch fue jefe del departamento T-1. Como comandante en jefe del Ejército en 1935, fue Fritsch quien propuso el nombre de Keitel para ser nombrado jefe de la «Oficina de las Fuerzas Armadas», la *Wehrmachtamt*. El coronel Von Brauchitsch, recomendado tiempo después por Keitel como comandante en jefe del Ejército, fue también jefe del T-4 durante un tiempo.

En septiembre de 1931, Keitel, jefe del T-2, y los jefes del T-1 y T-4, el mayor general Adam y el coronel von Brauchitsch respectivamente, hicieron una visita diplomática a la Unión Soviética; en aquel momento existían unas relaciones

extremadamente cordiales entre el *Reichswehr* y el Ejército Rojo, una tradición que ya se remontaba a unos diez años atrás. No se conservan testimonios entre los papeles del mariscal de campo que arrojen ninguna luz sobre los resultados y experiencias militares durante aquel viaje, pero existe una carta que escribió a su padre el 29 de septiembre de 1931 en la que describe sus impresiones sobre la economía rusa y sobre la alta consideración de la que disfrutaba en general el ejército del país; el estricto liderazgo que era característico del sistema, y el respeto mostrado al ejército, provocaron una profunda impresión en el teniente coronel alemán.

Durante los años posteriores a 1930 en los que Keitel fue jefe del departamento organizativo, comenzaron los preparativos secretos para la creación del llamado Ejército A, unas fuerzas de reserva que aseguraban triplicar el tamaño de un ejército que por aquel entonces contaba con siete divisiones de infantería y tres de caballería, en caso de cualquier emergencia nacional o de relajación de las condiciones de desarme impuestas a Alemania. Incluso un enemigo jurado de Keitel, el ahora famoso mariscal de campo Von Manstein, que ni siquiera le menciona en sus recuerdos de su viaje a Rusia en 1931, se vio forzado a admitir que, en el campo de la organización militar, Keitel llevó a cabo un trabajo excelente.¹

Por otro lado, en las cartas de su esposa a su madre, y a veces incluso en las cartas de Keitel a su padre, vemos reflejadas la carga y las turbulencias de aquellos agonizantes años de la primera República Alemana; Lisa Keitel se lamenta frecuentemente por la montaña de trabajo de oficina que se cernía sobre su esposo y por su nerviosismo —un rasgo que uno no hubiera atribuido a un hombre tan alto y fornido como aquel, pero que es un signo de su falta de paciencia (algo que le equipaba de una forma especialmente pobre para soportar a un hombre como Hitler)—. La política en sí solo es abordada muy de pasada. Al igual que la